

Tsang Ñon Heruka

# La vida de Milarepa

El gran yogui del Tíbet

Traducción del

tibetano de

Francesc Navarro i Fàbrega



En toda la región la gente mayor no recordaba un año de cosechas tan buenas. Habían hecho una ley para la cosecha, nadie podía cosechar cuando quisiera. Cuando llegamos, la cosecha estaba lista para empezar al día siguiente y al otro. Me situé en un lugar alto de la zona.

Después de repetir el hechizo, apareció una nube un poco más grande que un gorrión. Estaba decepcionado. Invoqué a las deidades guardianas por su nombre. Mi petición la hice basándome en el desprecio que sufrí por parte de los lugareños. Lancé mi capa y comencé a llorar. Entonces, de repente, en el cielo aparecieron unas nubes negras enormes. Todas, de repente, dejaron caer un granizo que cubrió todo el valle hasta el tercer nivel de los ladrillos de las casas. De las montañas bajaban grandes torrentes de agua. Al ver la pérdida de las cosechas, los lugareños comenzaron a llorar.

A continuación, apareció una fuerte tormenta de viento y lluvia. Como hacía mucho frío, mi amigo y yo fuimos a refugiarnos a una cueva a la que se entraba por el norte. Hicimos un fuego con madera de tamarindo y nos quedamos allí.

Cerca de la cueva pasaban unos cuantos hombres del pueblo que habían ido a cazar para obtener carne para el ofrecimiento de agradecimiento de la cosecha. Decían:

—Este Alegría de Oír nos ha traído la desgracia que nadie más podía habernos traído. ¡Ya ha asesinado a mucha gente! Ahora, por culpa de sus conjuros, nos hemos quedado sin nuestra magnífica cosecha. Si lo atrapamos le arrancaremos el corazón a tiras y cada uno de nosotros se comerá un trozo de su carne y beberá una gota de su sangre.

Decían esas cosas porque las heridas de sus corazones eran incurables. Al bajar por el camino, pasaron por delante de la cueva y uno de los hombres, un anciano, dijo:

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Hablad en voz baja! Veo humo saliendo de aquella cueva. ¿Quién puede ser?

—Seguramente es Alegría de Oír. No nos ha visto. Si los aldeanos no lo matamos, estad seguros de que pronto destruirá toda la región.

Después de decir esto, se fueron hacia el pueblo. Mi compañero me dijo:

—Vete ahora. Me quedaré y me haré pasar por ti. Cuando me vaya les diré que lo he hecho para vengarme. Nos encontraremos dentro de cuatro días en la posada de Dingri, al oeste.

Como él estaba muy seguro de su fuerza, se quedó solo y sin miedo. En ese momento, tuve el deseo de encontrarme con mi madre, pero, asustado por los enemigos, me fui rápidamente hacia Ñenang. Por el camino, un perro me mordió la pierna y no pude llegar a tiempo al lugar del encuentro.

Los lugareños rodearon a mi compañero, pero pudo escapar de su círculo. Cuanto más se le acercaban, más corría. Pero cuando estaban lejos, él aflojaba el paso. Le disparaban con sus armas y él les contestaba cada vez lanzándoles piedras enormes.

—¡Haré un conjuro contra todos aquellos que me quieran matar! —Gritó—. ¿Cuántas personas ya he matado por venganza? ¿Y ahora qué le ha pasado a vuestra hermosa cosecha? ¿Acaso no es una venganza también? Sí, es eso. Y si no tratáis bien a mi hermana y a mi madre, maldeciré toda la comarca y el valle de arriba abajo. Los que no mueran verán la destrucción de sus descendientes, hasta la novena generación. Si la muerte y la desgracia caen sobre esta comarca, ¡no será culpa mía! ¡Ya lo veréis! ¡Esperad y ya lo veréis!

Después de decir esto se fue. Asustados, los lugareños comenzaron a acusarse mutuamente:

—¡Es todo culpa tuya, es todo culpa tuya! —Y, peleándose entre ellos, dieron media vuelta.

Mi compañero llegó a Dingri antes que yo. Preguntó al encargado de la posada si había visto llegar a alguien con apariencia de monje mendicante. El encargado le dijo:

—No, no ha llegado. En cualquier caso, como a todos los que os creéis yoguis os gusta mucho la bebida, ve a la siguiente ciudad, donde se está celebrando un festín de cerveza. Si no tienes taza, te puedo dejar una.

Y así se hizo prestar una taza de madera tan gris y profunda que parecía la cara de Yama, el señor de la muerte.

Con la taza mi amigo fue a la fiesta. Allí me encontró, sentado en las últimas mesas para los invitados. Se sentó a mi lado y me dijo:

—¿Cómo es que ayer no estabas en el punto de encuentro?

—Ayer fui a pedir limosna –le contesté.– Un perro me mordió la pierna y no podía caminar muy deprisa. Pero no hay ningún motivo para preocuparse.

Nos fuimos de la fiesta y fuimos hacia Yarlung. Al llegar, el maestro nos dijo:

—Bueno, ¡vosotros dos habéis hecho un buen trabajo!

—Nadie ha estado aquí antes que nosotros. ¿Quién se lo ha contado?

—Las deidades guardianas han venido y sus caras brillaban como la luna llena. Les he dado las gracias. –El maestro se mostró muy contento.

Buscando vengarme de mis enemigos fue como acumulé actos negativos.

Así habló el maestro. Éste es el tercer capítulo, que explica la aniquilación de sus enemigos. Éstos fueron los actos que Milarepa realizó en este mundo.



*Thangka que representa a Marpa el Traductor (imagen central) junto a los primeros grandes maestros del linaje Kaguiiu.*

## Segunda parte



## Sus acciones extraordinarias para alcanzar la cesación del sufrimiento y la paz perfectas

La segunda parte, que comprende nueve capítulos, cuenta la forma cómo Milarepa inició su camino hacia la paz suprema, el nirvana.

Capítulo primero: el encuentro con el maestro.

Capítulo segundo: la purificación completa de todos los actos negativos y oscurecimientos.

Capítulo tercero: la iniciación y las instrucciones orales.

Capítulo cuarto: la aparición de los brotes de la experiencia y la consumación espirituales.

Capítulo quinto: el retorno a la tierra natal.

Capítulo sexto: el juramento de alcanzar la consumación espiritual.

Capítulo séptimo: la meditación sin distracciones en las montañas.

Capítulo octavo: el resultado: la dedicación a beneficiar a los seres y a las enseñanzas.

Capítulo noveno: la disolución de su cuerpo físico en el espacio fundamental de la realidad absoluta.



## CAPÍTULO PRIMERO

### El encuentro con el maestro

Entonces, Rechung preguntó:

—Venerable maestro, dijiste que cometiste actos blancos, y que no hay actos más dignos que los dedicados a la práctica de la enseñanza de Buda. Maestro honorable, ¿cómo encontraste las enseñanzas?

Y Milarepa respondió:

—Tenía muchos remordimientos por la negatividad que había causado a través de los conjuros y los granizos. Tenía tanta necesidad de las enseñanzas de Buda que incluso me olvidaba de comer. Si estaba fuera, quería estar dentro y, si estaba dentro, quería estar fuera. Por las noches no podía dormir. No tenía coraje de confesar mi remordimiento al maestro, ni mi deseo para liberarme de la rueda del sufrimiento. Cuando estaba al servicio del maestro, no paraba de preguntarme, de manera incesante y profunda, cuáles eran los medios para practicar las enseñanzas verdaderas.

En aquel tiempo, el maestro constantemente recibía provisiones y otros ofrecimientos de parte de un rico terrateniente. Este terrateniente cayó muy enfermo y el maestro fue el primero en ir a cuidarlo. Después de tres días, el maestro volvió silencioso y cabizbajo.

Entonces, le pregunté:

—Venerable maestro, ¿cuál es la causa de su silencio y de su tristeza?

El maestro me contestó:

—Todas las cosas compuestas son efímeras. Ayer, mi amable benefactor se reunió con la muerte. Ésta es la razón por la cual la rueda de la existencia me atormenta. Además, en primer lugar soy viejo y, desde los dientes blancos de mi juventud hasta las orejas negras de mi vejez, he hecho daño a mucha gente utilizando la brujería, los conjuros y los granizos. Tú también has cometido crímenes con la magia y los granizos. Estos crímenes tuyos también estarán en mi cabeza.

Le pregunté:

—¿No ha ayudado a sus víctimas para que alcanzaran estados más elevados de existencia y lograran la liberación?

Y el maestro me respondió:

—Todos los seres tienen el germen de la iluminación en su interior. Sé, en teoría, cómo puedo conducirlos a estados superiores y a la liberación, pero cuando se dan circunstancias que ponen a prueba mi comprensión verdadera, sólo recuerdo ideas y palabras. No tengo confianza en mi capacidad para ayudarlos. Sin embargo, ahora practicaré las enseñanzas de Buda para ser capaz de enfrentarme a todas las circunstancias que surjan. Para que me pueda dedicar a la práctica que conduce a los estados superiores y a la liberación, tendrás que hacerte cargo de guiar a mis discípulos. Si no, tendrás que ser tú quien practiques las enseñanzas de Buda y nos ayudes a todos a alcanzar los estados superiores y la liberación. Si lo haces, te daré las provisiones que necesites.

De esta manera se cumplía mi deseo y le dije al maestro que sería yo quien practicaría las enseñanzas de Buda.

—Muy bien —dijo el maestro—. Como eres joven y tu persistencia y fe son tan grandes, ve a practicar la más pura de todas las enseñanzas de Buda.

Me dio un yak con un fardo de ropa de lana de Yarlung y me dijo:

—En la villa de Nar, en Tsang'rong, hay un maestro que se llama Rongton Lhaga. Él sustenta las enseñanzas subli-

mes de la Gran Perfección<sup>37</sup>, las cuales lo han conducido a la realización espiritual. Ve a verlo para que te dé estas enseñanzas y te purifiquen.

Siguiendo las instrucciones del maestro, fui hacia Nar, en Tsang'rong. Al llegar pregunté a la mujer del maestro y a algunos monjes que estaban presentes y me respondieron:

—Éste es el monasterio madre. El maestro Rongton Lhaga no está, está en el monasterio hijo, en la montaña del Alto Ñang.

—Muy bien –dije–. Le traigo un mensaje del maestro Yungton Troguel. Ayudadme a encontrarlo.

Les conté toda la historia y la mujer del maestro pidió a uno de los monjes que me guiara a verlo. Me encontré con él en Rinang, en el Alto Ñang, y le ofrecí mi yak y la ropa de lana. Después de presentarle mis respetos, le dije:

—Éste que os viene a ver es un gran malhechor. Concédeme las enseñanzas en esta vida para que me pueda liberar de la rueda de la existencia.

—Las enseñanzas de la Gran Perfección –respondió el maestro– conducen a triunfar en la base, conducen a triunfar en la cima y conducen a triunfar en el fruto de la realización espiritual. Si las practicas durante el día, serás buda ese mismo día y, si las practicas por la noche, serás buda esa misma noche. La simple escucha de estas enseñanzas deleitables, sin ni siquiera meditar en ellas, asegura la liberación de todos los afortunados que disfruten de acciones previas favorables. Ésta es la razón que me mueve a dártelas.

Así pues, el maestro me dio la iniciación y las instrucciones. Entonces pensé: «En el pasado, conseguí grandes

<sup>37</sup> Tib.: rdzog pa chen po o rdzog chen. Estas enseñanzas, que llevaron de la India al Tíbet maestros como Vimalamitra, Gurú Rinpoché y Vairochana, corresponden al nivel más alto de la práctica espiritual dentro de los antiguos linajes budistas del Tíbet, los ñingmapas, y tradicionalmente se han considerado sólo aptas para discípulos avanzados. Estas enseñanzas son anteriores a las enseñanzas que Marpa trajo de la India en el siglo xi.

resultados de magia en catorce días. Siete días fueron suficientes para provocar granizos. Pero ahora me encuentro con una manera de alcanzar la perfección espiritual que es más fácil que provocar granizados y muertes por medio de los conjuros. Si practico esta enseñanza durante la noche, me purifico esa noche y, si la practico durante el día, me purifico ese mismo día. Gracias a este encuentro, soy como uno de esos grandes seres afortunados que sólo tenían que escuchar una enseñanza y no tenían necesidad ni de practicarla».

Con un aire triunfante, y sin meditar, me pasé el día durmiendo. Así pues, puse por un lado la práctica y por el otro la condición humana. Después de unos días el maestro vino y me dijo:

—La primera vez que me ofreciste tus respetos me dijiste que habías sido un gran malhechor.

Esto es cierto. Orgullosa de mi enseñanza, te la he explicado demasiado pronto, pero no soy capaz de guiarte a la liberación. Ve al monasterio del Valle de los Abedules, en el sur de la región de Lhodrak. Allí vive un maestro famoso llamado Marpa, discípulo personal del gran Naropa de la India. Él es un sabio de los nuevos linajes de enseñanzas esotéricas y es el rey de los traductores. Él es único en los tres mundos. Tú y él tenéis vínculos por acciones del pasado. Por eso tendrás que ir con él.

Al oír el nombre de Marpa el Traductor, una alegría profunda me llenó el corazón, todos los pelos de mi cuerpo vibraron y suspiré con una gran devoción. Reduje mis pensamientos a uno solo, cogí las provisiones que me hacían falta y un libro y, sin distraerme con ninguna otra cuestión, me repetí incansablemente: «¿Cuándo? ¿Cuándo me encontraré ante el maestro?»

La noche antes de mi llegada al Valle de los Abedules, Marpa vio al gran maestro Naropa en un sueño. Naropa lo